



| Aniversario 50 de la guerrilla del Che

Jorge Vázquez Viaña: digno ante sus verdugos

| Alina Martínez Triay

“Bigotes, que acababa de enterarse de mi identidad, casi se va por un barranco, dejando el jeep varado en el borde del precipicio”, escribió el Che en su diario sobre la sorpresa que causó al guerrillero boliviano Jorge Vázquez Viaña, conocido en la guerrilla como el Loro, Bigotes o simplemente Jorge, saber que había trasladado a la finca de Nacahuasú nada menos que al comandante Ernesto Guevara.

Vázquez Viaña procedía de las filas comunistas. Había brindado un valioso apoyo logístico al movimiento guerrillero de Argentina y a solicitud del Partido Comunista de Bolivia recibió entrenamiento militar en Cuba. Posteriormente le encomendaron la misión de crear las condiciones a la guerrilla que encabezaría el Che en Bolivia. Además de conseguir avituallamientos, sirvió de enlace entre la guerrilla y la ciudad, y ayudó a entrar en la selva a los combatientes que iban a incorporarse al destacamento. Una vez organizado este, fue asignado a la vanguardia, cumplió misiones de exploración y participó en combates.

Fue precisamente en el enfrentamiento librado el 22 de abril de 1967, que representó una derrota para el ejército boliviano, cuando se produjo la separación del Loro del resto de los combatientes. Así lo reseñó el Che: “Al rato se organizaron las cosas; faltaba el Loro pero todo indicaba que hasta ahora no le había pasado nada”.

En el resumen del mes de abril, el Che reseña “hemos tenido la baja del Loro desaparecido luego de la acción de Taperillas”.

Lo ocurrido fue que Vázquez Viaña se había extraviado después del combate. Según la investigación realizada años después sobre el terreno de los hechos por los investigadores Adys Cupull y Froilán González, Bigotes fue ayudado por un campesino que lo protegió, le dio comida, le proporcionó ropas y guardó sus pertenencias para que pudiera establecer contacto con la ciudad.

Un individuo que proveía materiales para las construcciones lo vio y al advertir su larga

melena pensó que era un guerrillero y lo comunicó a las autoridades. El ejército fue en su persecución pero el Loro se había internado en la selva. Entonces obligaron a un campesino que tenía fama en la cacería de tigres para que lo rastreara y lo encontraron subido en un árbol, le dispararon y al caer herido lo capturaron.



El Loro junto al Che en la guerrilla.

El Che anotó en su diario el 4 de mayo: “La radio dio la noticia del arresto del Loro, herido en una pierna, sus declaraciones son buenas hasta ahora. Según todo parece indicar, no fue herido en la casa sino en otro lado, presumiblemente tratando de escapar”. Y así había sido.

Lo llevaron a un hospital de Camiri para operarlo y exigió que no usaran anestesia por temor a que bajo los efectos de esta pudieran arrancarle alguna información, pero se desmayó en medio de la cirugía y hubo que anestesiarlo. Después lo trasladaron al cuartel militar de Choretti donde fue salvajemente torturado, sin embargo resistió con valentía los tormentos.

La familia de Vázquez Viaña era muy prestigiosa y reconocida y su madre, una dama de la alta sociedad boliviana, tras una angustiosa espera, logró visitarlo en el hospital militar donde estaba recluido. Apenas pudo divisarlo por una ventanita. En una dramática carta publicada en la prensa boliviana, la angustiada madre reflejó así este doloroso encuentro: “En mi desesperación pronuncié su nombre, entonces volvió sus ojos hasta mí y solo atiné a decirme: ‘¿Mamita, estás bien?’ Yo, algo le respondí, solo quería verlo. Los guardias nos hicieron callar. Con nuestros brazos extendidos, el mío pasando por

la ventanita y alzando el suyo, solo alcanzamos a rozarnos los dedos”.

El 29 de mayo el Che anotó en su diario: “La radio nos trae la noticia de la fuga del Loro, que estaba en Camiri”. Era falso. En su empeño por sacarle información a Vázquez Viaña sobre la guerrilla, los jefes de la Inteligencia del Ministerio del Interior y el de inteligencia de la IV División de Camiri le prometieron, a cambio de que confesara todo lo que sabía, garantías para su vida y dinero. Le dijeron que simularían una fuga para llevarlo a la capital y de allí al extranjero. El Loro que escuchaba sin inmutarse aprovechó un descuido del jefe de Inteligencia del Ministerio del Interior y se lanzó sobre él para arrebatarse el arma. Otros militares presentes agarraron al joven, lo golpearon brutalmente, le partieron los brazos y lo dejaron casi muerto. La orden fue eliminarlo y así se hizo con un tiro en la nuca. Su cuerpo fue lanzado a la selva desde un helicóptero.

Todavía en el resumen del mes de mayo el Che desconocía el destino de Vázquez Viaña cuando escribió: “Noticia del mes: el apresamiento y fuga del Loro, que ahora deberá incorporarse o dirigirse a La Paz a hacer contacto”. Lo mencionó por última vez el 30 de junio cuando anotó: “Se rumora también que el Loro fue asesinado”.

| Frente a la invasión mercenaria

“Sabía que el Comandante en Jefe no nos abandonaría”

| Felipa Suárez Ramos

Desde hacía 10 días cinco milicianos se mantenían vigilantes, protegidos en una trinchera abierta en el diente de perro. En las primeras horas del 17 abril de 1961 junto a ellos se hallaba Ezequiel, un alfabetizador radicado en Santo Tomás, a quien le habían ordenado mantenerse en Playa Larga, ante la posibilidad de que se materializara la invasión mercenaria organizada por Estados Unidos.

En una oportunidad, Ramón González Suco, jefe del grupo a cargo de la microondas de Playa Larga, el cual ocupaba la referida trinchera, contó a **Trabajadores** que a las dos de la mañana sintieron un ruido de motores; se trataba de un lanchón desde el cual lanzaron una lluvia de balas trazadoras cuando le dieron el alto. Así comenzó el primer combate de una batalla de la que el pueblo cubano emergió victorioso.

Ezequiel González Díaz, maestro normalista y miembro de las Brigadas de Alfabetización Conrado Benítez, cuenta que:

“Joven al fin, yo quería estar en el borde delantero, pero ini-

“También me indicó que ya habían tomado La Habana, donde debían reunirse con la dirección de su estado mayor, y le afirmé: ‘Ustedes no pueden salir de aquí, no pueden haber avanzado’, lo cual era cierto porque de Playa Larga a Pálpite hay no menos de seis o siete kilómetros, y ellos nunca llegaron a Pálpite; se atrincheraron a la salida de Playa Larga, en la curva, en dirección a Pálpite, y de ahí no avanzaron más.

“Llegó un momento en que el oficial que me entrevistaba me mandó a callar, porque ya ellos sabían que lo que les estaba diciendo era la realidad: que no iban a salir de Playa Larga ni llegar a Jagüey, y mucho menos a La Habana, pues yo sabía que de Playa Larga no podían pasar porque las fuerzas nuestras estaban a la entrada”.

Al preguntarle acerca de qué experimentó en aquellos momentos, señaló:

“Al comenzar el ataque no me sentía bien; tiraban desde diferentes posiciones sobre Playa Larga, y no es fácil..., porque a veces, hasta en las prácticas, al escuchar los disparos continuos



“Joven al fin, yo quería estar en el borde delantero, pero iniciada la acción los milicianos me dijeron que no podía estar allí y me sacaron para el balneario en construcción”, recuerda el entonces alfabetizador Ezequiel González Díaz. | foto: René Pérez Massola

ciada la acción los milicianos me dijeron que no podía estar allí y me sacaron para el balneario en construcción, hacia donde llevaron a todos los desarmados para protegernos.

“Cuando los invasores se percataron de que eran una fuerza superior a la que los resistía, tomaron la playa y nos hicieron prisioneros. Nos ubicaron en el balneario, con un gran grupo, del cual separaron a quienes teníamos un nivel de instrucción más elevado y comenzaron a interrogarnos.

“Uno me preguntó: ‘¿Y tú piensas que un negro puede ser comunista? Fidel no quiere negros comunistas’. Le dije que nosotros íbamos a vencer y me aseguró que en aquella batalla desaparecería Fidel, a lo cual respondí que eso era imposible, que el Comandante en Jefe no nos abandonaría y seríamos rescatados.

uno se atemoriza. Pero recobramos el valor cuando nos retuvieron y empezaron a interrogarnos. Hablaban de mil cosas, se comunicaban, caminaban de un lugar a otro en espera de que alguna de sus fuerzas acudiera a apoyarlos, tanto en Playa Larga como en Buenaventura, lo cual nunca ocurrió”.

Ezequiel explica que de Girón solo podían salir por el mar, porque de lo contrario avanzarían hacia Aguada de Pasajeros, y hacerlo era ubicarse en el interior del país. Por eso, afirma que los mercenarios nunca tuvieron el mapa real de la Ciénaga de Zapata.

“En mi opinión, comprendieron que no podían salir de Playa Larga; solo ir para el monte como hicieron algunos, y se perdieron hasta ser capturados. El avance de nuestras tropas les obligó a dirigirse a Playa Girón, donde fueron finalmente derrotados”.